

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVII JORNADAS
VOLUMEN 13 (2007)

Pío García
Luis Salvatico
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Lo Queer: ese huidizo objeto de la historia

Moira Pérez*

I

A lo largo de los últimos cincuenta años, la historiografía se ha encontrado con nuevos desafíos y demandas, que la han obligado a repensarse y reajustarse tanto en su forma como en su contenido. La Nueva Filosofía de la Historia la llevó a un replanteo de su base teórica y epistemológica, mientras los nuevos sujetos históricos la empujaron a revisar sobre quién y para quién se llevaban adelante sus investigaciones. Al mismo tiempo, diversas corrientes comenzaron a sostener que, al otorgar presencia histórica a una comunidad marginada en un relato en el que pueda sentirse identificada, el historiador puede contribuir a su presencia política y su potencial para subvertir el orden que la margina.

Esta nueva capacidad - y por consiguiente, la nueva exigencia - hacen más urgente todavía la resolución de aquellos ajustes de forma y de contenido. En este sentido, el caso de la teoría queer es paradigmático ya que propone un cambio radical de perspectiva y exige un replanteo total de las bases tradicionales de la historiografía.

En el presente trabajo, analizaré algunas de las dificultades que plantea el caso queer a un proyecto historiográfico que aspire a contribuir a la emancipación o la mejora de las condiciones de una comunidad. Asimismo, esbozaré algunos intentos de solución que se han propuesto desde la filosofía de la historia y desde la teoría queer, proponiendo enfoques no tradicionales en relación con la epistemología, la estética y la teoría de la historia.

De más está decir que no pretendo en este modesto trabajo solucionar el problema ni mucho menos tejer una red que pueda capturar a este *huidizo objeto de la historia*: por un lado, porque se trata de una tarea ciertamente titánica y probablemente imposible, y por otro lado, porque es justamente esa característica la que me interesa rescatar y defender en el caso queer.

II

En su trabajo *Posthistoire*, el historiador holandés Lutz Niethammer sostiene que el historiador tiene la capacidad (y por momentos pareciera que el deber) de colaborar en la concientización histórica y política de aquellas comunidades que tradicionalmente han sido relegadas de la agencia histórica. Con su propuesta de *Historia desde abajo*, Niethammer atribuye a la disciplina el rol político y social de contribuir a la subjetividad de los individuos, tanto en su percepción histórica de sí mismos como en su capacidad de acción histórica concreta. Para ello, el historiador puede, por ejemplo, proveer al individuo de elementos para la comprensión del contexto histórico-social del grupo al que pertenece, con los cuales podrá entender mejor su propia historia de vida. Puede también incluir una referencia a la experiencia del otro, a través de la cual el individuo llega a una mejor comprensión de su propia realidad, y de su condición de oprimido como específica y por lo tanto modificable.

Esta propuesta de Niethammer me pareció interesante en cuanto revaloriza la tarea del

* Universidad de Buenos Aires

historiador y lo coloca en un lugar privilegiado de puente entre la academia y la política, entre la historia como relato y la historia como curso de eventos, hasta que estas mismas distinciones comienzan a perder sentido. Sin embargo, al intentar aplicarlo al caso queer, necesariamente este plan comienza a requerir de ciertas aclaraciones.

Esto es porque se trata de un caso en el que la identidad misma *del grupo* está en cuestión. Lo *queer* nace del rechazo de delimitar su propio objeto de análisis, y será por lo tanto un desafío para el historiador que quiera abordar un sujeto que no sólo está aún sin definir, sino que por su propia posición *se niega a ser definido*. Para comprender mejor esto, veamos más de cerca el planteo de Niethammer. Su propuesta presupone (1) que hay un grupo más o menos netamente delimitado al que el historiador se dirige, (2) que hay un individuo que se ve a sí mismo como formando parte de este grupo, y que es visto por el grupo como un par, y (3) que hay una serie de experiencias que son atribuidas al grupo y/o caracterizadas como típicas del grupo u originadas en la pertenencia a él. Se presupone también (4) una serie de eventos históricos, figuras, íconos y creencias que son comunes al grupo y ayudan a caracterizarlo como tal. Todos estos elementos no solamente ayudarían al individuo a identificarse como integrante de ese grupo (o a reforzar su pertenencia adhiriendo a alguno de estos trazos definitorios), sino que también permitirían al espectador externo individualizar y delimitar su objeto de análisis y diferenciar quiénes están dentro del grupo y quiénes fuera.

Ahora pensemos cómo se darían estos elementos en el caso de la historiografía queer, si tomamos como perspectiva la definición de David Halperín de lo queer como "identidad sin esencia"¹.

1) No hay un grupo delimitado que pueda ser individuado claramente por el historiador como su destinatario, y no hay un lugar objetivo en el que podamos colocarnos para determinar qué es queer y qué no lo es. La teoría queer nace como una alternativa para el análisis de las categorías de género, la orientación y prácticas sexuales y la generización de los cuerpos². Hoy en día sin embargo, y cada vez más, en lo queer convergen, además de lo sexual y la identidad de género, todas las formas no dominantes de lo racial, étnico, cultural y la pertenencia de clase, entre otros. Estas categorías, a su vez, se combinan de distintas formas, son vividas de manera diferente por cada sujeto, y comprendidas de manera diferente por cada historiador.

2) La pertenencia a este grupo no es evidente tampoco por parte del individuo, ni por parte del grupo. Es decir, hay individuos que se consideran a sí mismos como pertenecientes a la comunidad queer pero que no son aceptados como tales por otros, e inversamente hay quienes son considerados como pares por los integrantes pero que no aceptarían esta calificación. Todos estos desacuerdos en cuanto a la pertenencia se complican aún más cuando empezamos a tener en cuenta los nuevos factores que entran en juego posteriormente en la teoría queer, como vimos recién: tantas otras variables que hacen aún más difícil una caracterización unívoca de qué es y qué no es este sujeto, incluso por parte de su mismo grupo de pertenencia.

3) Lo que también presupone la propuesta de Niethammer, es que hay una serie de experiencias que son atribuibles a la comunidad que va a ser tratada: ciertas experiencias que atraviesa el individuo por pertenecer a este grupo, o que le hacen pensar que forma parte de él. En un artículo acerca del proceso de "coming out", William Wilkerson analiza la idea de experiencia y se pregunta qué nos lleva a interpretar un patrón de conductas y pensamientos

como, en este caso, homosexualidad, y concluye que éste requiere, por un lado, un trabajo de decodificación por parte del sujeto para encontrarle un sentido, y por el otro, la disponibilidad de categorías para su interpretación. Así, en un contexto en el que la homosexualidad no es siquiera considerada como una posibilidad, el individuo nunca interpretaría sus conductas como “comportamientos homosexuales”, y mucho menos como “comportamientos de un homosexual”.³ Es decir, que la experiencia no es algo cerrado que nos llega con la etiqueta de “queer”, sino que tiene que atravesar toda una serie de interpretaciones y codificaciones (comenzando por la del mismo sujeto que la atraviesa, y terminando en el historiador o quizás en el lector) para llegar a ser lo que es.

4) Finalmente, en este proyecto se están presuponiendo también ciertos eventos históricos, figuras y referencias comunes que harían a la formación o la consolidación de la identidad grupal. A medida que la comunidad queer se va afianzando, la necesidad de presentarse como un grupo compacto ya no es tanta, y comienzan a surgir en el interior de la comunidad voces de disidencia que proponen relatos alternativos de la génesis del movimiento. Los puntos de vista se diversifican y los relatos acerca de los orígenes de la comunidad se multiplican; al mismo tiempo, se comienzan a cuestionar algunas figuras y se proponen otras nuevas. Ya no existen ni un mausoleo, ni una narrativa unívocos de la historia queer.

Volvemos así al principio, al ver que a partir de las dudas que salen a la luz al aplicar este proyecto historiográfico al caso queer, surge la necesidad de reconsiderar la práctica historiográfica en general, con sus presupuestos, sus esquemas conceptuales, su elección de objetos, y su lenguaje.

¿De qué manera puede el historiador colaborar en “apoyar la subjetividad de los individuos en su percepción histórica de sí mismos”, si su objeto de análisis teórico y de actividad política no tiene contenido ni límites definidos, y se escurre cada vez que se intenta delimitarlo? ¿Es posible construir un programa político para un colectivo que se dedica a la deconstrucción? ¿Es necesario para una disciplina que su objeto acepte ser definido?

III

Véamos ahora algunos intentos de solución que se han propuesto ante estas y otras preguntas.

Una posible respuesta a este problema la podemos encontrar en la idea constructivista de que, si bien el objeto inicial de estudio (“los homosexuales”, “las mujeres” etc.) parece desvanecerse, en su lugar tenemos uno nuevo: la construcción de categorías como homosexualidad y género; la preferencia de algunos rasgos de la sexualidad por sobre otros para clasificar a las personas, la exclusión o censura de ciertas prácticas, y la idea misma de sexualidad como un sector delimitado y con peso propio dentro de la psique humana.

El trabajo que tiene que encarar la teoría queer entonces, y la historiografía queer como parte de ella, es anterior al trabajo historiográfico propiamente dicho que propone Niethammer, y es tanto o más necesario que éste. Sin un cuestionamiento de estas bases, no se logra más que reproducir los mismos errores que impulsaron el surgimiento de la teoría queer misma. Este nuevo objeto de estudio es el que defiende Joan Scott, en su caso centrándose en la historiografía de género. En *Only Paradoxes to Offer*, la autora rescata el aporte del feminismo a la disciplina histórica, ya que introduciría “una complejidad necesaria” al proponer “maneras de pensar que no insistan en la resolución de opuestos”, y que “exploten la tensión sin pretender resolverla”⁶.

La misma problemática se presenta en el caso de las orientaciones queer, y en este sentido Scott habla de la "dificultad que plantea la diferencia sexual respecto de concepciones singulares del individuo". Entonces, tal como en Halperín y otros constructivistas, en Scott es necesario antes que nada ver cómo se conformó la identidad de este sujeto, qué lo llevó a sentirse parte de su grupo; es decir, hay que historizar la idea misma de "experiencia" - queer, en este caso.⁸ Sin este trabajo previo, se corre el riesgo de naturalizar la diferencia, la posición de ese individuo en el grupo y del grupo en la sociedad, y por lo tanto quitarle la capacidad de agencia histórica - que era el objetivo primordial de Niethammer.

Pero una vez encarada esta tarea previa, todavía nos queda por responder qué será de la historiografía misma, qué características tiene que tener una historiografía que acuse recibo de estos cambios y que pueda realmente cumplir con la tarea política que le hemos asignado. A las preguntas que nos hicimos sobre la *política* de la historiografía queer (¿es posible construir un programa político para un colectivo que se dedica a la deconstrucción?) podemos agregarle aquéllas por su *poética*: ¿Cuál es la forma adecuada para referirse a estos nuevos sujetos? ¿Podemos seguir conservando la forma moderna, una vez que hemos arrasado con todo el edificio conceptual de la modernidad?

Estos y otros interrogantes son los que se plantea Scott Bravmann en su libro *Queer-Fictions of the Past*. En él, el autor defiende la teoría queer como irremplazable puente entre las "ficciones queer del pasado" (las auto-representaciones que los sujetos queer tienen de él) y las "ficciones queer del presente" (las identidades y la formación de nuevos sujetos sociales): a través de las recreaciones de los eventos pasados, se constituyen las subjetividades presentes y su agencia histórica.

Bravmann responde a aquellas preguntas, antes que nada, colocándose en una posición de enfrentamiento a la "lógica narrativa moderna", que unifica a toda la comunidad queer bajo un mismo "sentido común" o sentido *en común* que tendría por el solo hecho de ser queer. Esta lógica es la que tradicionalmente estableció relatos que hoy forman parte del mausoleo, tales como el que se refiere a la Antigüedad griega o aquél de Stonewall. La principal característica que ve Bravmann en estas narrativas, es una potente fuerza centrípeta que tiende a la igualdad o la uniformidad de los sujetos: es la modernidad como *indiferente a las diferencias*. En este caso, el relato moderno construye una identidad gay tanto individual (a través de la institucionalización y la idealización del proceso de *coming out*) como colectiva; construye un antes y un después unitarios y cognoscibles (el antes y el después del salir del closet, o de la formación de la identidad gay con el surgimiento de la modernidad).

En oposición a esto, Bravmann propone una "*queer heterosociality*", una convivencia dentro de lo queer de diferentes categorías de género, edad, raza, pertenencia social o política, y cualquier otra diferencia que acompañe a las identidades queer. Ya el hecho de que dentro de esta denominación estén incluidos hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales, cuerpos modificados y cuerpos no intervenidos, da una idea de lo infinita que es la riqueza de variaciones internas a ella. El desafío está en encontrar qué es lo que tienen todos estos individuos en común, sin aplastar las diferencias; muy por el contrario, rescatándolas como parte valiosa y necesaria en el trabajo teórico, historiográfico y político.

Aceptado el desafío, nos queda por resolver la pregunta que planteamos antes: ¿cómo

escribir de y para esta *heterosocialidad queer*? Bravmann sostiene que es hora de abandonar las consideraciones individuales, lineales y narrativamente completas de la construcción de la identidad gay, y propone en su lugar formas alternativas para encarar el tema: “escritos postmodernos” que hagan uso de la más amplia gama de recursos disponibles. El autor pasa revista de algunos trabajos que se han hecho o se están haciendo en esta dirección, en los que se indaga en los cruces entre lo queer e identidades marginadas, tales como africanos-americanos e indígenas en Estados Unidos o inmigrantes en el Reino Unido. La forma que tomen estos proyectos puede variar desde obras de ciencia ficción hasta obras autobiográficas (Samuel Delany, o las “automitobiografías” de Audre Lorde), desde películas experimentales y documentales hasta artículos de teoría queer. Todos estos trabajos tienen en común el hecho de que no buscan una descripción unívoca y definitiva de los eventos del pasado, no son estáticas, y apuestan a que deconstruyendo el objeto de estudio se puede contribuir a la deconstrucción de las categorías que se le atribuyen con demasiada facilidad.

IV

Una vez que llegamos a este punto, nos damos cuenta de que este movimiento es expansivo, y junto con el cuestionamiento de los relatos modernos acerca de la identidad queer se cuestiona la historiografía misma; junto con la *historia* queer inevitablemente se hace también *teoría* de la historia. Las representaciones históricas ya no pueden ser vistas como descripciones literales de hechos, porque los cambios en la comunidad queer ya no pueden ser vistos como “hechos”. Bravmann sugiere que las representaciones históricas sean vistas como “sitios performativos” donde se inventan los significados; los cambios serán vistos entonces como argumentos y narraciones. Esto es lo que Bravmann, citando a Foucault, llama *discurso inverso*, es decir que ya no estamos ante un discurso que se refiere a una realidad previa describiéndola, sino que estamos ante un discurso que forma esta realidad al mencionarla⁹.

Y con esto podemos finalmente responder a las dos preguntas que nos quedaban pendientes, y que subyacían a todas las otras: ¿Cómo saber quién cosechará los frutos del programa si no se sabe a quién iba dirigido? ¿Es necesario para una disciplina que su objeto acepte ser definido?

Las preguntas se diluyen si tenemos en cuenta que es el mismo relato, o la misma ficción, la que construye su objeto y su destinatario. Bravmann habla de “el poder que tienen las narraciones históricas para construir límites de inclusión y exclusión, de identidad y diferencia”, y sostiene que “quién es ese ‘nosotros’ tiene que ver con las diferentes maneras en las que nos colocan, y en las que nos colocamos en, las narraciones del pasado”¹⁰. Una vez que nos deshacemos de la idea moderna de que la historiografía tiene un autor, una narración y un objeto, cada uno claramente delimitable y diferente del otro, se abre un nuevo espectro de posibilidades en el que estos tres elementos se funden, enriquecen y construyen mutuamente. Esto es lo que Bravmann llama *Historical Democracy*: las fuentes y los ámbitos de producción de conocimiento histórico se expanden, los límites entre hechos o sentido literal por un lado, y ficción o sentido figurado por el otro, se vuelven borrosos, el pasado deja de ser algo fijo y separado del presente para ser “tanto un evento vivido como una narración social y cultural con múltiples órdenes de significado.”¹¹ Se descentraliza la práctica histórica, y junto con la historiografía profesional monopolizadora cae la idea –tan común en el movimiento gay– de “*hidden from history*”, que supone que hay una historia que se va completando con datos e información acerca de “eventos”

del pasado (un pasado separado del presente), para eventualmente llegar a ser omnisciente¹². No alcanza con agregar al relato ciertos nombres y eventos que fueron excluidos: hay que ver por qué no figuraban en él, y hay que estudiar de qué manera esa exclusión sigue vigente en los conceptos que hoy utilizamos.

Aquí nos reencontramos con el rol del historiador: en palabras de Scott, "las representaciones históricas del pasado ayudan a construir el género para el presente"¹³. Es decir, que justamente a causa de estas aparentes dificultades que plantea el caso queer, la historiografía resurge con una nueva tarea y un nuevo potencial transformador. Los cuerpos marcados culturalmente, precisamente por la manera en la que están inscriptos en historias específicas, nos llevan a buscar nuevos modos de conocer, modos conscientes de que este conocimiento es contingente, parcial e interesado. Pero es tan contingente como poderoso históricamente, y es por esto que el historiador no puede ser indiferente al poder que tienen sus construcciones como herramienta de transformación social: las ficciones del pasado "ayudan a construir el género para el presente", y lo hacen *inevitablemente*, con o sin la participación consciente del historiador.

Para que sea un aporte realmente constructivo, este trabajo debe ser acompañado de un análisis exhaustivo de los supuestos, las prácticas y el vocabulario que se emplea. Debe procurar incluir las diferencias, la *heterosocialidad*, mientras busca apelar a aquello en común que las atraviesa - o mientras lo crea. Y, para ello, cuenta con toda la libertad formal y todos los medios creativos, todas las voces y todos los recursos que ofrece esta *democracia historiográfica*. Y el caso queer, con su fluidez de identidades y su infinita diversidad de combinaciones, parece el lugar ideal para empezar a democratizar.

Notas

¹ Halperín, 2004, p. 85.

² David Halperín caracteriza a lo queer como "todo lo que está en desacuerdo con lo normal, lo legítimo, lo dominante", desacuerdo que, en sus palabras, "no está restringido a lesbianas y gays, sino que está disponible para cualquiera que esté o se sienta marginado a causa de sus prácticas sexuales". Halperín, 2004, p. 85

³ Una vez que el individuo cuenta con estas herramientas puede interpretar su experiencia y simultáneamente "descubrir" y "construir" su nueva identidad, en un acto no sólo teórico sino también, y fundamentalmente, político. Wilkerson, en Moya y Harnes-García, pp. 262-264.

⁴ Un ejemplo clásico de este punto es el relato de Stonewall, referente mundial del movimiento gay (aunque no necesariamente del *queer*) desde hace ya más de 30 años.

⁵ Niethammer, p. 149.

⁶ Scott, 1996, p. 175.

⁷ Scott, 1996, p. 173.

⁸ "No se trata de individuos que atraviesan ciertas experiencias, sino de *sujetos constituidos por ellas*" (trad. propia) Scott, 1991, p. 779.

⁹ "El forjarse del homosexual moderno no como un hecho, sino como un *argumento*, fundamentalmente como una narrativa" (trad. propia) Bravmann, 1997, p. 9.

¹⁰ Bravmann, 1997, p. 98-99.

¹¹ Bravmann, 1997, p. 119.

¹² Bravmann, 1997, p. 128.

¹³ Scott, 1998, p. 2.

Bibliografía

Bauml Duberman, Martín et al. (comp.), *Hidden from History: Reclaiming the gay and lesbian past*, New American Library, New York, 1989.

-
- Halperín, David, *San Foucault*, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2004.
- Moya, Paula y Hames-García, Michael (eds.), *Reclaiming Identity*, University of California Press, University of California, Berkeley, 2000.
- Niethammer, Lutz, *Posthistoire*, Verso, Londres, 1992.
- Scott, Joan W., *Gender and the politics of history*, Columbia University Press, New York, 1998.
- Scott, Joan W., *Only Paradoxes to offer*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.
- Bravmann, Scott, *Queer fictions of the past*, Cambridge University Press, United Kingdom, 1997.